

CARACTERÍSTICAS DEL COMPORTAMIENTO AGRESIVO EN LAS PAREJAS DE LOS ADOLESCENTES ESPAÑOLES

Andrés A. Fernández-Fuertes¹, Begoña Orgaz² y Antonio Fuertes²

¹Universidad de Cantabria; ²Universidad de Salamanca (España)

Resumen

El objetivo de este trabajo es explorar algunas de las principales características del comportamiento agresivo en las relaciones de pareja adolescentes. Se contó con una muestra incidental de 601 estudiantes de enseñanzas medias (42% varones y 58% mujeres) de Salamanca (España). Los participantes tenían entre 15 y 19 años y mantenían una relación de pareja (44,4%) o la habían mantenido en los 12 meses previos al estudio (55,6%), de al menos un mes de duración. La estrategia de análisis se centró en establecer comparaciones entre chicos y chicas, bajo una doble perspectiva: agresiones cometidas y sufridas en sus relaciones de pareja. Los resultados muestran que los comportamientos agresivos, especialmente de tipo verbal-emocional, tienen una importante presencia en estas parejas. Consistentemente con investigaciones previas, los chicos manifiestan haber perpetrado más agresiones sexuales que las chicas; con relación a las agresiones verbales-emocionales se da la situación opuesta y no se aprecian diferencias estadísticamente significativas intersexos en las agresiones físicas. Por último, se discuten las implicaciones de los resultados del estudio de cara a futuras investigaciones.

PALABRAS CLAVE: *adolescencia, pareja, violencia, victimización.*

Abstract

This study examined dating violence in a sample of high school students to determine some of the main characteristics of this problem. An incidental sample of 601 adolescents (42% men and 58% women) was surveyed in Salamanca (Spain); participants were between 15 and 19 years old and were either involved in a romantic relationship (44.4% of the sample) or had had at least one serious relationship in the previous 12 months (55.6%), in both cases with a minimum length of one month. Analyses focused on comparing male and female reports

Estudio financiado por el Vicerrectorado de Investigación de la Universidad de Salamanca (Proyecto I+D USAL2008A-03).

Correspondencia: Andrés Fernández, Departamento de Educación, Universidad de Cantabria, 39006 Santander (España). E-mail: andres.fernandez@unican.es

of both perpetration and victimization in current dating relationships. The results indicated that the use of abusive behaviours, especially verbal-emotional abuse, is prevalent in Spain. Consistent with previous studies, adolescent boys reported higher perpetration levels of sexual abuse than female did, and adolescent girls reported higher perpetration levels of verbal-emotional aggression than males; there were no differences in self-reports of physical abuse. The implications of findings for future research are discussed.

KEY WORDS: *adolescence, couple, dating violence, victimization.*

Introducción

Las relaciones amorosas ocupan una posición muy importante en la vida de los adolescentes; por ello, cabría pensar que son muchos los estudios que se han ocupado de analizar esta relación íntima al referirse a la adolescencia. No obstante, tradicionalmente éste ha sido un ámbito poco investigado; tal vez ello se deba a la errónea percepción de estas relaciones como algo efímero y con poca trascendencia para el desarrollo de los jóvenes (Smetana, Campione-Barr y Metzger, 2006).

Para Furman y Shaffer (2003), las relaciones amorosas intervienen de forma decisiva en el curso de al menos cinco áreas claves: a) identidad; b) sexualidad; c) relaciones familiares; d) relaciones con los iguales; y e) logros académicos y aspiraciones profesionales. Como muestra de la importancia de estas relaciones, a medida que avanzamos en el ciclo evolutivo, el número de chicos y chicas que reconoce haber mantenido relaciones de pareja es cada vez mayor; de hecho, el establecimiento de una relación de pareja podría considerarse como algo prácticamente normativo desde la adolescencia media (Smetana *et al.*, 2006).

Estas relaciones iniciales suponen un contexto de aprendizaje, que va a condicionar la vivencia de futuras relaciones íntimas (Lloyd y Emery, 2000; Wolfe *et al.*, 2003). Es en la adolescencia cuando, por ejemplo, empiezan a consolidarse las representaciones mentales sobre el papel de los hombres y las mujeres en sociedad, unas representaciones que van a influir en el comportamiento con los demás (Creasey y Hesson-McInnis, 2001).

El papel de las relaciones amorosas como recurso de apoyo y bienestar está bien documentado, así como su contribución al crecimiento personal y social de las personas (Furman y Shaffer, 2003); sin embargo, estas características no son propias de toda relación de pareja: los comportamientos abusivos y coercitivos no son ajenos a esta relación interpersonal. Diferentes investigaciones, llevadas a cabo sobre todo en países anglosajones, han puesto de relieve que el comportamiento agresivo en una relación de pareja no tiene lugar únicamente durante la vida adulta, sino que se produce incluso entre los más jóvenes (Jackson, Cram y Seymour, 2000; O'Leary y Slep, 2003).

Wolfe *et al.* (2003) mantienen que las conductas agresivas se dan con una frecuencia preocupante en las parejas adolescentes, unas conductas que se extienden a lo largo de un amplio continuo, que iría desde aquellos actos de gravedad baja o moderada, hasta aquellos más extremos, aunque también más infrecuentes

(Hickman, Jaycox y Aronoff, 2004). En España, las escasas investigaciones realizadas al respecto arrojan unos datos que oscilan entre un 7 y un 42% de adolescentes que cometieron y/o sufrieron agresiones físicas en sus relaciones de pareja (Fernández-Fuertes y Fuertes, 2010; González y Santana, 2001; Muñoz-Rivas, Graña, O'Leary y González, 2007b; Toldos, 2005).

A la hora de describir lo que sucede en las parejas adolescentes, si nos ceñimos exclusivamente a la frecuencia de agresiones cometidas y sufridas, no suelen encontrarse diferencias entre chicos y chicas, al menos en lo que respecta a las agresiones verbales-emocionales y físicas (Fernández-Fuertes y Fuertes, 2010; González y Santana, 2001; Muñoz-Rivas *et al.*, 2007b); sin embargo, las chicas tienden a cometer menos agresiones de naturaleza sexual y son, al mismo tiempo, quienes más afirman sufrirlas (Fernández-Fuertes y Fuertes, 2005; Hines y Saudino, 2003). Además, las agresiones que cometen las chicas, con independencia de su naturaleza, suelen revestir una menor gravedad y son ellas quienes suelen experimentar peores consecuencias (Hilton, Harris y Rice, 2000; Jackson *et al.*, 2000).

Asimismo, a partir de los resultados de diversos estudios se puede concluir que las agresiones verbales-emocionales son más frecuentes que las físicas o las sexuales (Fernández-Fuertes y Fuertes, 2010; Muñoz-Rivas *et al.*, 2007b; Schwartz, Magee, Griffin y Dupuis, 2004). Pese a la existencia de múltiples pruebas empíricas que avalan la anterior conclusión y los efectos tan negativos que pueden acarrear las agresiones verbales-emocionales (González, Echeburúa y Corral, 2008; O'Leary y Slep 2003), son mucho más numerosos los estudios sobre agresiones físicas o sexuales (Cornelius y Resseguie, 2007).

Del mismo modo, en el análisis de este problema es importante tener presente que, en aquellas parejas en las que se observan agresiones, éstas suelen ser mayoritariamente bidireccionales o recíprocas (Capaldi, Kim y Shortt, 2004). Como consecuencia, muchas veces no es fácil delimitar los roles de agresor y de víctima con claridad (Wolfe *et al.*, 2003).

A pesar de que el comportamiento agresivo parece tener una mayor presencia en las relaciones de pareja de los jóvenes que en las de los adultos (Archer, 2000; Schiff y Zeira, 2005), la línea de investigación que se ha venido ocupando de estudiar las relaciones adolescentes es todavía muy incipiente (Sears, Byers y Price, 2007). Esta afirmación es, si cabe, más acertada en un país como España, donde es bastante limitado lo que se conoce sobre este fenómeno, a juzgar por el reducido número de trabajos realizados (Fernández-Fuertes y Fuertes, 2010; Sánchez, Ortega, Ortega y Viejo, 2008).

Ante esta situación, pensamos que es preciso promover más investigaciones entre la población adolescente. Esto es importante, en primer lugar, porque es un problema en sí mismo para los chicos y chicas que pasan por estas situaciones y, en segundo lugar, porque es conveniente promocionar las relaciones de pareja saludables desde sus inicios. Por eso, con este estudio se pretenden alcanzar tres objetivos: a) conocer el porcentaje de chicos y chicas que en sus relaciones de pareja han cometido o sufrido agresiones verbales-emocionales, físicas y sexuales en los 12 meses previos al estudio; b) explorar no sólo la existencia de estos tipos de agresión, sino también la frecuencia con la que se observan agresiones en las parejas de los

adolescentes; y c) estudiar la posible concurrencia de agresiones de diferente naturaleza en estas parejas.

Método

Participantes

Se contó con la participación de 601 adolescentes (41,8% chicos y 58,2% chicas), de edades comprendidas entre 15 y 19 años, obtenidos de forma incidental en nueve centros educativos de la provincia de Salamanca. Como requisitos para la inclusión en el estudio, junto con la edad, en el momento de la aplicación del cuestionario los adolescentes debían mantener una relación de pareja o haberla mantenido en los últimos 12 meses, en ambos casos con una duración superior a un mes. Además, con el fin de que únicamente formasen parte del estudio aquellos adolescentes que hubiesen mantenido relaciones formales, se insistía en la importancia de que considerasen a esa persona como su pareja. En el caso de que hubiesen mantenido más de una relación de pareja en dicho periodo, debían responder respecto a la relación más duradera. De la muestra inicial ($n= 733$) se excluyeron 132 participantes a posteriori, al detectar más de un 25% de ítems omitidos (6 chicos y 2 chicas) o no cumplir los requisitos del estudio (75 chicos y 49 chicas).

La edad media de la muestra final se situó en 17,14 años ($DT= 1,17$); en concreto, 17,05 años ($DT= 1,15$) los chicos y 17,18 años ($DT= 1,18$) las chicas. La distribución de los participantes, en función de su edad, fue la siguiente: 15 años, el 7,2% de la muestra (chicos: 7,2%; chicas: 7,1%); 16 años, el 25% (chicos: 25,9%; chicas: 24,3%); 17 años, el 31,9% (chicos: 37,1%; chicas: 28,3%); 18 años, el 20% (chicos: 14,3%; chicas: 24%); y 19 años, el 15,9% (chicos: 15,5%; chicas: 16,3%).

La edad media de las parejas de los participantes fue 17,73 años ($DT= 2,61$): 16,46 años las parejas de los chicos ($DT= 1,74$) y 18,67 años las de las chicas ($DT= 2,84$). El 55,6% de la muestra se refirió a relaciones ya finalizadas: sólo el 44,4% mantenía una relación de pareja cuando se llevó a cabo la recogida de datos, específicamente el 33,9% de los chicos y el 52,2% de las chicas, siendo significativas las diferencias entre ambos grupos ($\chi^2_1= 19,47$, $p< 0,001$; $w= 0,18$). Con independencia de la situación en la que se encontrase dicha relación, todos los participantes afirmaron mantener relaciones de pareja heterosexuales, cuya duración media se situó en 9,61 meses ($DT= 11,54$); la duración de la relación era significativamente mayor ($t_{549,46}= 5,04$, $p< 0,001$; $\eta^2= 0,04$) en el grupo de las chicas ($M= 11,53$; $DT= 12,39$) que en el de los chicos ($M= 6,84$; $DT= 9,56$).

Instrumentos

Se utilizaron tres de las cinco subescalas del "Inventario de conflictos en relaciones de pareja adolescentes" (*Conflict in Adolescent Dating Relationships Inventory*,

CADRI; Wolfe et al., 2001), versión española de Fernández-Fuertes, Fuertes y Pulido (2006). El CADRI es una prueba diseñada específicamente para adolescentes, que analiza cinco tipos de agresiones: agresiones sexuales, agresiones relacionales, agresiones verbales-emocionales, agresiones físicas y amenazas. Las subescalas empleadas fueron:

1. "Agresiones verbales-emocionales". Cada ítem está formado por dos enunciados, uno relativo a la conducta del que responde (p. ej., "Insulté a mi pareja con frases despectivas") y otro referido a esa misma conducta, pero llevada a cabo por parte de la pareja, según el propio participante (p. ej., "Mi pareja me insultó con frases despectivas"); esto permite obtener dos medidas independientes: agresiones cometidas y agresiones sufridas en la relación de pareja. La modalidad de respuesta de la prueba consiste en una escala Likert con cuatro opciones de respuesta: desde 0 ("Nunca: esto no ha ocurrido en vuestra relación") hasta 3 ("Con frecuencia: esto ha ocurrido en seis ó más ocasiones en vuestra relación"). En cuanto a sus propiedades psicométricas, en este trabajo se obtuvo un alfa de Cronbach de 0,81, tanto para las agresiones verbales-emocionales cometidas como para las sufridas (10 ítems).
2. "Agresiones físicas". Se añadieron dos ítems a esta subescala, con el objetivo de mejorar su fiabilidad; para ello, se tomó como referencia pruebas como las "Escala de tácticas de conflicto modificadas" (*Modified Conflict Tactics Scales*, MCTS; Muñoz-Rivas, Andreu, Graña, O'Leary y González, 2007a; Pan, Neidig y O'Leary, 1994) o el "Cuestionario de agresión" (*Aggression Questionnaire*, AQ; Buss y Perry, 1992). Con ello, se obtuvo una consistencia interna superior a la de la subescala de la versión española; en concreto 0,82 para las agresiones físicas cometidas y 0,83 para las agresiones físicas sufridas (6 ítems).
3. "Agresiones sexuales". A esta subescala se le incluyeron dos ítems diseñados a partir de la "Encuesta de experiencias sexuales" (*Sexual Experiences Survey*, SES; Koss y Gidycz, 1985). Nuevamente se consiguió mejorar la consistencia interna de esta subescala: 0,75 para las agresiones sexuales cometidas y 0,76 para las sufridas (6 ítems).

Procedimiento

Se solicitó la colaboración de los 63 centros que imparten enseñanzas secundarias en la provincia de Salamanca; después de informarles de las principales características de la investigación, mostraron su disponibilidad nueve centros. La recogida de datos se realizó en una única sesión, normalmente en tutorías; se llevó a cabo durante nueve semanas en los siguientes cursos: 4º de la Educación Secundaria Obligatoria (38,3% de la muestra); 1º y 2º de Bachillerato (42,4%); y 1º y 2º de Ciclos Formativos de Grado Medio (19,3%). Siguiendo el procedimiento empleado por otros investigadores para propiciar una mayor fiabilidad en las respuestas (p. ej., Moffitt et al., 1997), se pedía a los docentes que abandonasen el aula durante la

aplicación de la prueba; además, se contó con la presencia de al menos un miembro del grupo investigador para tratar de asegurar la comprensión y máxima privacidad de los participantes.

Dado que devolver el cuestionario cumplimentado indicaría un consentimiento expreso en formar parte en el estudio, se enfatizó el carácter voluntario, anónimo y confidencial de la investigación y se ofreció la oportunidad de abandonar la tarea en cualquier momento. Antes de comenzar, se presentaba brevemente en qué consistía el estudio; no obstante, la información más relevante aparecía en la primera hoja del cuestionario. Entre las instrucciones también se indicaba qué partes de la prueba debían omitir, en caso de no cumplir los requisitos previos a la participación (p. ej., tener entre 15 y 19 años y haber mantenido una relación de pareja en los últimos 12 meses, con una duración superior a un mes).

Los datos que aquí se presentan constituyen un avance de los resultados de un estudio en curso, encaminado a detectar algunos de los posibles correlatos del comportamiento agresivo en las relaciones de pareja adolescentes. El cuestionario se completaba en su totalidad en unos 35 minutos, algo que permitía dedicar los instantes finales de la sesión a informar sobre el problema del comportamiento agresivo durante el noviazgo.

Análisis de datos

Por medio del paquete estadístico SPSS 17, se analizaron las agresiones verbales-emocionales, físicas y sexuales bajo una doble perspectiva: la presencia de este tipo de comportamientos y la frecuencia de agresiones cometidas y sufridas, tanto en el grupo de los chicos como en el de las chicas, en los 12 meses previos a la recogida de datos.

De forma más específica, para evaluar la incidencia de comportamientos agresivos y detectar posibles diferencias intersexos, se calcularon las puntuaciones dicotómicas que reflejaban la ocurrencia de comportamientos agresivos en la pareja, distinguiendo entre los actos cometidos frente a los sufridos. Así, para cada tipo de agresión y en función del sexo de los participantes, se dividió la muestra en dos grupos: por una parte, aquellos participantes que manifestaron no haber cometido agresiones (es decir, que en todos los ítems de la correspondiente subescala respondieron "Nunca") y, por otra, aquellos que reconocieron haber cometido al menos una agresión (tablas 1, 2 y 3), tal y como se hace habitualmente en investigaciones de este tipo; se siguió un procedimiento similar con las agresiones sufridas. A continuación, a partir de tablas de contingencia, se realizó un análisis de proporciones y se calcularon los chi-cuadrados con sus correspondientes tamaños del efecto (w).

Asimismo, al estudiar la frecuencia de los diferentes comportamientos agresivos, se llevó a cabo un ANOVA mixto, en el que se tomaron el tipo (i.e., verbal-emocional, física y sexual) y la dimensión de las agresiones (i.e., cometidas y sufridas) como factores intra, y el sexo como factor inter; también se calcularon los tamaños del efecto (η^2) y las pruebas a posteriori con el ajuste de Bonferroni, cuando los

Tabla 1
Porcentajes de respuesta a los ítems sobre agresiones verbales-emocionales

Ítem	Dimensión	Sexo	Omisiones	Opciones de respuesta			
				0	1	2	3
Hacer algo para generar celos	Cometida	V	0,4	37,8	39,4	17,9	4,4
		M	1,1	26,3	39,4	26,6	6,6
	Sufrida	V	0,4	37,1	31,1	24,7	6,8
		M	3,4	31,7	32,6	24,6	7,7
Sacar a relucir algo malo del pasado	Cometida	V	0,0	44,2	30,3	19,1	6,4
		M	1,1	33,1	26,6	25,4	13,7
	Sufrida	V	0,4	38,2	35,5	18,3	7,6
		M	1,1	35,7	29,4	25,1	8,6
Decir algo sólo para hacer enfadar	Cometida	V	0,8	32,7	41,4	21,9	3,2
		M	1,4	28,9	38,0	24,6	7,1
	Sufrida	V	0,8	33,5	40,2	20,7	4,8
		M	2,0	29,4	38,6	21,7	8,3
Hablar en tono hostil u ofensivo	Cometida	V	0,4	41,0	41,4	13,9	3,2
		M	2,0	24,3	36,9	28,0	8,9
	Sufrida	V	0,8	41,8	38,2	15,9	3,2
		M	3,4	26,6	39,1	24,6	6,3
Insultar con frases despectivas	Cometida	V	1,2	68,9	23,9	4,4	1,6
		M	1,7	54,3	28,0	13,7	2,3
	Sufrida	V	0,8	68,5	21,5	5,6	3,6
		M	2,3	60,0	28,0	8,3	1,4
Ridiculizar o burlarse delante de otros/as	Cometida	V	1,2	80,5	14,7	3,2	0,4
		M	2,3	75,7	17,4	4,6	0,0
	Sufrida	V	1,2	77,3	14,3	4,8	2,4
		M	2,0	74,6	19,1	4,0	0,3
Seguir para saber con quién y dónde está	Cometida	V	1,6	81,7	12,0	3,2	1,6
		M	2,6	80,0	11,1	3,4	2,9
	Sufrida	V	1,6	80,1	10,8	4,9	2,8
		M	2,6	74,6	16,0	4,3	2,6
Culpar de los problemas	Cometida	V	1,6	37,5	39,4	18,3	3,2
		M	2,3	36,3	30,9	23,7	6,9
	Sufrida	V	1,6	37,8	35,9	18,3	6,4
		M	2,3	37,7	33,1	20,0	6,9
Acusar de flirtear o coquetear con otros/as	Cometida	V	2,2	56,6	21,9	13,9	5,6
		M	2,9	39,7	25,4	20,0	12,0
	Sufrida	V	2,0	50,6	23,5	13,1	10,8
		M	3,1	42,6	22,3	22,3	9,7
Amenazar con dejar la relación	Cometida	V	2,8	49,8	27,9	15,5	4,0
		M	4,0	43,7	25,4	20,6	6,3
	Sufrida	V	3,2	53,0	25,1	14,7	4,0
		M	4,3	57,4	20,9	15,1	2,3

Notas: n= 601 (251 varones y 350 mujeres); Opciones de respuesta: 0= "Nunca: esto no ha ocurrido en vuestra relación"; 1= "Rara vez: únicamente ha sucedido en una o dos ocasiones"; 2= "A veces: ha pasado entre tres y cinco veces"; y 3= "Con frecuencia: esto se ha dado en seis o más ocasiones".

Tabla 2
Porcentajes de respuesta a los ítems sobre agresiones físicas

Ítem	Dimensión	Sexo	Omisiones	Opciones de respuesta			
				0	1	2	3
Lanzar algún objeto	Cometida	V	0,0	87,6	9,2	1,6	1,6
		M	1,7	86,6	7,7	2,9	1,1
	Sufrida	V	0,0	84,5	8,8	4,4	2,4
		M	1,4	88,6	6,6	2,6	0,9
Dar una patada, golpe o puñetazo	Cometida	V	1,6	92,0	3,6	2,4	0,4
		M	1,6	87,4	7,1	2,0	1,1
	Sufrida	V	1,6	88,8	6,0	1,6	2,0
		M	2,9	90,6	4,9	1,4	0,3
Abofetear o tirar del pelo	Cometida	V	2,4	92,0	1,6	2,8	1,2
		M	3,4	87,1	5,4	3,1	0,9
	Sufrida	V	2,4	88,8	6,0	1,6	1,2
		M	3,4	90,6	3,7	0,9	1,4
Empujar o zarandear	Cometida	V	2,0	86,9	8,0	2,0	1,2
		M	4,3	77,7	12,9	4,3	0,9
	Sufrida	V	2,0	85,7	8,8	2,0	1,6
		M	4,3	81,7	11,1	2,3	0,6
Dar una paliza	Cometida	V	2,4	94,4	1,6	1,6	0,0
		M	4,9	94,0	0,6	0,6	0,0
	Sufrida	V	2,4	94,0	2,0	1,6	0,0
		M	4,9	94,0	0,3	0,6	0,3
Agarrar por el cuello	Cometida	V	2,4	95,2	0,8	1,2	0,4
		M	4,9	92,3	1,4	1,1	0,3
	Sufrida	V	2,4	94,8	0,8	0,8	1,2
		M	5,1	90,9	1,7	2,0	0,3

efectos del factor o de las interacciones eran significativos. Por último, para estudiar si la frecuencia de agresiones estaba condicionada por la situación de la relación (i.e., actual o finalizada), se realizaron contrastes t de Student para muestras independientes, aportando los tamaños del efecto (η^2) cuando correspondiera, así como análisis de regresión, para analizar la relación entre duración de la relación y comportamiento agresivo.

Tabla 3
Porcentajes de respuesta a los ítems sobre agresiones sexuales

Ítem	Dimensión	Sexo	Omisiones	Opciones de respuesta			
				0	1	2	3
Tocar los pechos, genitales y/o nalgas	Cometida	V	0,0	61,3	25,9	8,8	4,0
		M	0,6	78,2	16,6	3,7	0,9
	Sufrida	V	0,4	67,7	22,3	8,0	1,6
		M	0,9	63,6	22,0	10,6	2,9
Forzar a practicar actividades sexuales	Cometida	V	0,8	87,2	9,2	1,6	1,2
		M	1,7	94,0	3,4	0,9	0,0
	Sufrida	V	0,8	86,0	6,8	4,8	1,6
		M	1,7	89,2	5,4	3,1	0,6
Amenazas para conseguir mantener relaciones sexuales	Cometida	V	1,2	92,8	4,0	1,2	0,8
		M	2,0	95,7	1,4	0,6	0,3
	Sufrida	V	1,2	91,6	4,4	1,2	1,6
		M	1,7	94,9	1,4	1,1	0,9
Besos	Cometida	V	1,2	47,0	34,3	11,2	6,3
		M	1,7	61,2	25,1	8,0	4,0
	Sufrida	V	0,8	50,2	30,3	14,3	4,4
		M	1,7	56,0	26,9	10,0	5,4
Forzar a tocar los pechos, genitales y/o nalgas	Cometida	V	2,4	90,8	4,4	1,6	0,8
		M	4,9	92,2	2,3	0,6	0,0
	Sufrida	V	2,4	86,8	4,8	4,0	2,0
		M	4,9	84,0	9,6	0,9	0,6
Desnudar	Cometida	V	2,8	88,4	4,4	2,4	2,0
		M	4,9	91,4	3,1	0,6	0,0
	Sufrida	V	2,4	90,4	5,2	1,6	0,4
		M	4,9	84,5	7,1	2,9	0,6

Resultados

Incidencia de comportamientos agresivos

Con relación a las agresiones verbales-emocionales, se encontró que el porcentaje de participantes que reconocía haberlas perpetrado o sufrido era muy elevado, en torno al 95% (tabla 4). Por otra parte, no se encontraron diferencias significa-

tivas entre el porcentaje de chicos y chicas que admitía haber cometido al menos una agresión verbal-emocional en su relación de pareja ($\chi^2_1 = 2,15$; $p = 0,14$), o bien haberlas sufrido ($\chi^2_1 = 0,01$; $p = 0,92$).

El porcentaje de participantes que indicaba haber cometido o sufrido agresiones físicas era más reducido; aún así, es destacable que el 25,3% de la muestra afirmase haber cometido agresiones físicas, una cifra bastante similar al 23,6%, que señaló haberlas sufrido en al menos una ocasión. Tampoco se encontraron diferencias significativas entre el porcentaje de chicos y chicas que manifestó haber cometido ($\chi^2_1 = 3,13$; $p = 0,08$) o sufrido ($\chi^2_1 = 0,32$; $p = 0,57$) agresiones físicas (tabla 4).

En lo que respecta a las agresiones sexuales, es reseñable que el 51,1% de los adolescentes afirmase haber cometido una o más agresiones sexuales y que el 57,4% señalase haberlas sufrido. Al poner en relación los datos de cada sexo (tabla 4), el porcentaje de chicos que manifestó haberlas cometido sí era significativamente superior al de chicas ($\chi^2_1 = 14,59$; $p < 0,001$; $w = 0,16$); sin embargo, no se encontraron diferencias significativas entre los porcentajes de chicos y chicas que indicaron haberlas sufrido ($\chi^2_1 = 0,04$; $p = 0,84$).

Tabla 4

Participantes que afirmaron haber cometido/sufrido una o más agresiones en su relación de pareja, en los últimos 12 meses

Subescalas	Agresiones cometidas				Agresiones sufridas			
	Varón		Mujer		Varón		Mujer	
Agresión verbal-emocional	236	(94,0%)	337	(96,8%)	239	(95,2%)	332	(95,4%)
Agresión física	54	(21,5%)	98	(28,2%)	63	(25,1%)	79	(22,8%)
Agresión sexual	152	(60,6%)	155	(44,4%)	146	(58,2%)	199	(57,0%)

En un momento posterior, se decidió comprobar si estos comportamientos estaban interrelacionados, es decir, si cuando se producía un tipo de agresión lo habitual era que también se produjeran otros tipos, o si por el contrario se daban de forma independiente. Al cruzar agresiones de diferente naturaleza, se encontró que únicamente un 3,2% de la muestra indicaba no haber cometido ningún tipo de agresión; asimismo solamente el 4% manifestaba no haber sufrido agresiones en su relación de pareja (tabla 5).

Entre aquellos participantes que reconocieron haber cometido o sufrido agresiones, el perfil más característico era haber cometido (38,0%) o sufrido (32,8%) exclusivamente agresiones verbales-emocionales, o bien haber cometido (32,6%) o sufrido (39,1%) agresiones verbales-emocionales y sexuales. Conviene matizar que en las agresiones cometidas, el comportamiento de chicos y chicas era diferente: el porcentaje de chicas (42,9%) que había cometido únicamente agresiones verbales-emocionales era significativamente superior ($\chi^2_1 = 8,71$; $p = 0,003$; $w = 0,12$) al de chicos (31,1%); no obstante, la confluencia de agresiones verbales-emocionales y sexuales cometidas era significativamente más frecuente ($\chi^2_1 = 16,75$, $p < ,001$;

Tabla 5

Participantes que no cometieron/sufrieron agresiones frente a los que cometieron/sufrieron al menos una agresión

Agresiones cometidas			Varón		Mujer		Total	
Verbal-emocional	Física	Sexual						
Nunca	Nunca	Nunca	10	(4,0%)	9	(2,6%)	19	(3,2%)
Nunca	Nunca	Una o más	4	(1,6%)	1	(0,3%)	5	(0,8%)
Nunca	Una o más	Nunca	1	(0,4%)	1	(0,3%)	2	(0,3%)
Nunca	Una o más	Una o más	0	(0,0%)	0	(0,0%)	0	(0,0%)
Una o más	Nunca	Nunca	78	(31,1%)	149	(42,9%)	227	(38,0%)
Una o más	Nunca	Una o más	105	(41,8%)	90	(25,9%)	195	(32,6%)
Una o más	Una o más	Nunca	10	(4,0%)	33	(9,5%)	43	(7,2%)
Una o más	Una o más	Una o más	43	(17,1%)	64	(18,4%)	107	(17,9%)
Agresiones sufridas			Varón		Mujer		Total	
Verbal-emocional	Física	Sexual						
Nunca	Nunca	Nunca	10	(4,0%)	14	(4,0%)	24	(4,0%)
Nunca	Nunca	Una o más	1	(0,4%)	1	(0,3%)	2	(0,3%)
Nunca	Una o más	Nunca	1	(0,4%)	1	(0,3%)	2	(0,3%)
Nunca	Una o más	Una o más	0	(0,0%)	0	(0,0%)	0	(0,0%)
Una o más	Nunca	Nunca	80	(31,9%)	116	(33,4%)	196	(32,8%)
Una o más	Nunca	Una o más	97	(38,6%)	137	(39,5%)	234	(39,1%)
Una o más	Una o más	Nunca	14	(5,6%)	17	(4,9%)	31	(5,2%)
Una o más	Una o más	Una o más	48	(19,1%)	61	(17,6%)	109	(18,2%)

w= 0,17) en chicos (41,8%) que en chicas (25,9%), además con un tamaño de efecto importante (Cohen, 1988). Por último, el porcentaje de adolescentes que afirmaba haber cometido (17,9%) o sufrido (18,2%) los tres tipos de agresión era bastante similar, también al comparar ambos sexos (tabla 5).

Frecuencia de comportamientos agresivos

Cuando consideramos la frecuencia media de agresiones, comprobamos que ésta era baja en relación con el posible rango de respuesta (0-3): tanto en agresiones cometidas como sufridas, los resultados se situaban entre los valores cero y uno (tabla 6), que representan las categorías "Nunca" y "Rara Vez", respectivamente.

Tabla 6

Media y desviación típica de la frecuencia de los diferentes tipos de agresión

	Agresiones cometidas				Agresiones sufridas			
	Varón		Mujer		Varón		Mujer	
Agresión verbal-emocional	0,67	(0,49)	0,88	(0,54)	0,73	(0,54)	0,81	(0,54)
Agresión física	0,11	(0,32)	0,13	(0,32)	0,15	(0,40)	0,10	(0,29)
Agresión sexual	0,31	(0,44)	0,17	(0,27)	0,30	(0,44)	0,28	(0,40)

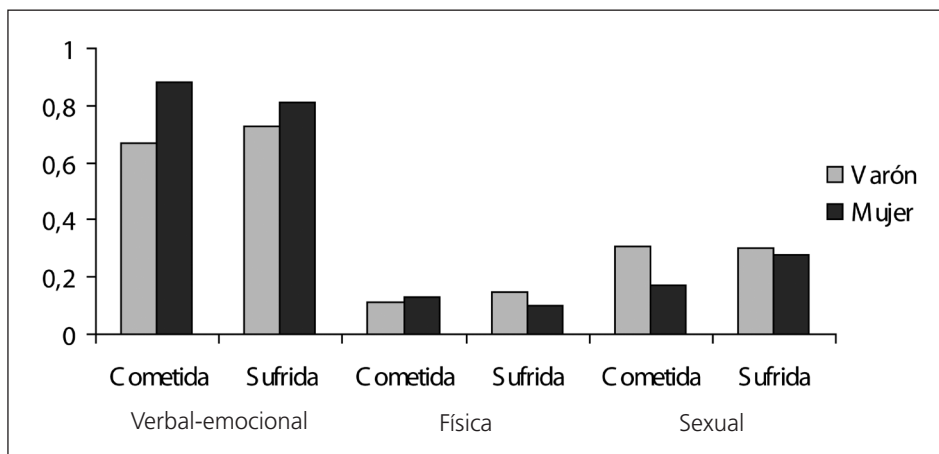
En el ANOVA mixto se obtuvo un efecto significativo del tipo de agresión ($F_{2,1192} = 793,65$; $p < 0,001$; $\eta^2 = 0,57$): la frecuencia de agresiones verbales-emocionales era significativamente superior a la de otros tipos de agresiones ($p < 0,001$), y la de agresiones sexuales era más elevada que la de las físicas ($p < 0,001$). La frecuencia media de agresiones sufridas también superaba significativamente a la de cometidas ($F_{1,596} = 6,65$; $p = 0,01$; $\eta^2 = 0,01$), pero no había diferencias significativas en la frecuencia media de agresiones señaladas por chicos y chicas.

En lo que respecta a las interacciones, en primer lugar, fue significativa la interacción entre el tipo de agresión y el sexo de los participantes ($F_{2,1192} = 23,53$; $p < 0,001$; $\eta^2 = 0,04$): la frecuencia media de agresiones verbales-emocionales reconocidas por las chicas superaba a la de los chicos ($p = 0,001$), mientras que en las agresiones sexuales, se observaba la situación opuesta ($p = 0,006$); por último, no se encontraron diferencias significativas entre chicos y chicas en las agresiones físicas. En segundo lugar, no era significativa la interacción entre la dimensión de las agresiones y la variable sexo, para un nivel de significación de 0,01. En tercer lugar, sí era significativa la interacción entre el tipo y la dimensión de las agresiones ($F_{2,1192} = 8,10$; $p < 0,001$; $\eta^2 = 0,01$): no existían diferencias significativas entre la frecuencia media de agresiones cometidas y sufridas, ni en las agresiones verbales-emocionales ni en las físicas, si bien en las agresiones sexuales la frecuencia de agresiones sufridas era significativamente superior a la de cometidas ($p < 0,001$). Por último, también era significativa la interacción de segundo orden entre el tipo de agresión, la dimensión y el sexo de los participantes ($F_{2,1192} = 39,09$; $p < 0,001$; $\eta^2 = 0,06$): la frecuencia media de agresiones verbales-emocionales cometidas y sufridas por las chicas superaba a la de los chicos, aunque sólo en las cometidas las diferencias eran significativas ($p < 0,001$); en el caso de las agresiones sexuales, eran los chicos los que mostraban una frecuencia media mayor, tanto en las agresiones cometidas como en las sufridas, pero únicamente en las agresiones cometidas se obtenían diferencias significativas ($p < 0,001$); por último, en las agresiones físicas no había diferencias significativas ni en las cometidas ni en las sufridas (figura 1).

Ante estos resultados, cabía preguntarse si podrían estar condicionados por la situación de la relación en el momento de realizar el estudio (i.e., relación actual o finalizada). Realizados los contrastes pertinentes, no se encontraron diferencias significativas entre ambas situaciones en ninguno de los tipos de agresión analizados

Figura 1

Frecuencia media de comportamientos agresivos, tanto cometidos como sufridos



(i.e., verbal-emocional, física y sexual), ni para la muestra general ni teniendo en cuenta el sexo de los participantes.

Por el mismo motivo, se llevó a cabo un análisis de regresión con cada tipo de agresión, tomando la duración de la relación como variable predictora y la frecuencia de actos agresivos como variable criterio. En el grupo de las chicas, se encontraron relaciones significativas entre la duración y las siguientes variables criterio: agresiones verbales-emocionales cometidas ($F_{1,326} = 15,59$; $p < ,001$; $R^2 = 0,04$) y sufridas ($F_{1,326} = 19,16$; $p < ,001$; $R^2 = 0,05$); agresiones físicas cometidas ($F_{1,325} = 20,99$; $p < ,001$; $R^2 = 0,06$) y sufridas ($F_{1,325} = 15,15$; $p < ,001$; $R^2 = 0,04$); y agresiones sexuales cometidas ($F_{1,327} = 11,34$; $p = 0,001$; $R^2 = 0,05$). En todos los casos, la duración de la relación se asociaba con un incremento en la frecuencia de las agresiones. En contraste, en el grupo de los chicos ninguna relación fue estadísticamente significativa.

Discusión

Según los resultados de este trabajo, las agresiones verbales-emocionales constituyen el tipo de agresión más característica; en el otro extremo se situarían las agresiones físicas. Al poner en relación los tres tipos de agresión, los chicos tendían a afirmar que cometieron agresiones verbales-emocionales y sexuales en sus parejas, o bien sólo agresiones verbales-emocionales; en las chicas se observaba el mismo perfil, pero en orden inverso: aunque el porcentaje de chicas que había cometido agresiones verbales-emocionales y sexuales era elevado, la mayor parte de ellas únicamente había perpetrado agresiones verbales-emocionales. En la condición de victimización, se observaba una coincidencia en ambos sexos al señalar que habían sufrido agresiones verbales-emocionales y sexuales, o bien únicamente agresiones

verbales-emocionales. Sin embargo, los resultados más llamativos de este grupo de datos seguramente sean los altos porcentajes de participantes que admitían haber cometido o sufrido los tres tipos de agresión en su pareja.

Con relación a la frecuencia con la que se originaron agresiones, ésta era predominantemente baja; de todas ellas, la de las agresiones verbales-emocionales era la más elevada, mientras que la de las físicas fue la más reducida. En cuanto a posibles diferencias estadísticamente significativas entre los sexos, sólo se podía afirmar que las chicas reconocían haber cometido más agresiones verbales-emocionales, y que la frecuencia media de agresiones sexuales perpetradas por los chicos era más elevada. Por último también es relevante que, en el grupo de las chicas, la duración de la relación se asociase positivamente con la frecuencia de comportamientos agresivos, con excepción de las agresiones sexuales sufridas.

La presencia de diferentes comportamientos agresivos

La mayor parte de los participantes reconocía la existencia de agresiones en su relación de pareja, sobre todo verbales-emocionales; en contraste, las agresiones físicas eran las menos habituales. Estos resultados confirman las conclusiones de otros estudios, tanto de otros países (p. ej., Archer, 2000; Jackson *et al.*, 2000; Kuffel y Katz, 2002; Schwartz *et al.*, 2004), como del nuestro (p. ej., Fernández-Fuertes y Fuertes, 2010; González *et al.*, 2008; González y Santana, 2001; Muñoz-Rivas *et al.*, 2007b). En la explicación sobre el origen de estos datos, algunos autores hablan de una relación inversa entre gravedad y probabilidad de ocurrencia de los comportamientos agresivos (p. ej., Katz, Kuffel y Coblenz, 2002; Shook, Gerrity, Jurich y Segrist, 2000). No obstante, se sabe que las agresiones verbales-emocionales —las más frecuentes— pueden ser más negativas a medio y largo plazo que las físicas (Jackson *et al.*, 2000; O'Leary, 2001); asimismo, es discutible que las agresiones físicas sean percibidas necesariamente con una gravedad superior a las sexuales, especialmente por parte de las chicas.

Para poder clarificar este punto, sería necesaria una discusión previa, sobre qué criterios se deberían aplicar a la hora de afirmar que una determinada agresión reviste más o menos seriedad que otras, un debate que está claramente ligado a las posibles perspectivas que se pueden adoptar en estudios de este tipo: la de la persona que comete agresiones y su intencionalidad, la de la persona que es objeto de este comportamiento y sus consecuencias, o ambas. En este sentido, los puntos de vista de agresores y víctimas sobre las repercusiones de un acto agresivo, a menudo no son coincidentes (Jackson *et al.*, 2000); es más, situaciones que son consideradas por los investigadores como agresiones, a veces no son vistas como tales por los participantes en estudios (Foshee, Bauman, Linder, Rice y Wilcher, 2007; Schiff y Zeira, 2005). Esta es una limitación que el CADRI (Wolfe *et al.*, 2001) trata de solventar definiendo el contexto en el que se producen los actos que son evaluados: discusiones de pareja.

La representación mental que tienen las personas acerca de lo que es un acto agresivo y sus potenciales consecuencias, ejerce una poderosa influencia, tanto en

la frecuencia con la que se cometen agresiones, como bajo qué circunstancias se perpetran unos y no otros (Archer, Fernández-Fuertes y Thanzami, 2010). Por ello, sería interesante llevar a cabo estudios, posiblemente cualitativos, que contribuyan a esclarecer estos interrogantes.

Interconexiones entre los tres tipos de agresión

Las agresiones verbales-emocionales son un predictor robusto de las agresiones físicas (Hines y Saudino, 2003). No obstante, es difícil afirmar si también existe una interrelación entre los tres tipos de agresión aquí considerados (Kuffel y Katz, 2002; Sears *et al.*, 2007). Existen parejas en las que se cometen sólo agresiones verbales-emocionales; sin embargo, es difícil imaginar una relación en la que se produzcan sólo agresiones físicas o sexuales.

En la búsqueda de una explicación a este hecho, se ha especulado con la posibilidad de que las agresiones verbales-emocionales sean empleadas como alternativa a las físicas, especialmente en situaciones en las que se producen intensos sentimientos negativos (p. ej., una discusión); desde la "teoría de la catarsis" de la agresión (p. ej., Berkowitz, 1962), se afirma que para aprender a manejar las emociones negativas es fundamental que se expresen verbalmente: esta acción reduciría las posibilidades de que se intensifiquen unos sentimientos, que estarían en la base de las agresiones físicas. No obstante, este planteamiento ha recibido poco apoyo empírico: "liberar" este tipo de emociones habitualmente incrementa la probabilidad de que se produzcan comportamientos agresivos, en vez de lo contrario; además, el hecho de que exista una relación positiva entre ambos tipos de agresión contradice el planteamiento de fondo de esta propuesta (Bushman, Baumeister y Stack, 1999; Stets, 1990).

Un análisis alternativo propone que la tendencia a actuar de forma agresiva es una fuente importante de variabilidad entre las personas, y que las agresiones verbales-emocionales y físicas no son más que dos manifestaciones de una única etiología subyacente: la agresividad. Sin embargo, este parecer tampoco goza de suficiente apoyo empírico, primero, porque la agresividad no sigue una distribución normal en la población y, segundo, porque las agresiones verbales-emocionales no siempre van acompañadas de agresiones físicas (Hines y Saudino, 2003; Lundeberg, Stith, Penn y Ward, 2004).

Una tercera explicación defiende la hipótesis de una causa común, pero abogando por la existencia de diferentes umbrales a la hora de cometer agresiones verbales-emocionales o físicas. Con ello se explica, por ejemplo, por qué cuando se observan agresiones verbales-emocionales (las que tienen el menor umbral), no se producen necesariamente agresiones físicas, algo que es consistente con la literatura (Jackson *et al.*, 2000; Lundeberg *et al.*, 2004).

Otro enfoque plantea que las agresiones verbales-emocionales y físicas tienen diferentes causas; la asociación entre ambos tipos de agresión vendría explicada por la existencia de un proceso de dos pasos, que marcaría la transición entre ambas (Stets, 1990). El primer paso representa un proceso por el que, bajo determinados factores, una persona pasa de no perpetrar ningún tipo de agresión a iniciar

agresiones verbales-emocionales; en el segundo paso, esa persona, que ya había cometido agresiones, puede empezar a perpetrar agresiones físicas, también como resultado de determinados factores específicos para este tipo de agresión.

Recogiendo la idea de que las agresiones verbales-emocionales pueden ser entendidas como una precondition para las agresiones físicas, Ray y Gold (1996) defienden que existe un riesgo mucho más alto de que las agresiones verbales-emocionales precedan a las físicas, cuando no se consigue terminar con el conflicto o no se alcanzan los resultados esperados mediante amenazas verbales. Posiblemente este punto de vista sea el que mejor se adapte a la realidad de las relaciones de pareja, tanto de adultos como de jóvenes. No obstante, la explicación de un fenómeno tan complejo requiere que no se descarte la posibilidad de que agresiones de diferente naturaleza puedan tener algunas causas en común, en vez de acudir exclusivamente a un proceso de dos pasos (Saudino y Hines, 2007).

En apoyo a esta perspectiva más amplia, en los resultados de diferentes trabajos se aprecia que también existe una relación entre las agresiones verbales-emocionales y las sexuales (p. ej., Gidycz, Warkentin y Orchowski, 2007) o entre estas últimas y las de tipo físico (p. ej., Slashinski, Coker y Davis, 2003), dos conclusiones respaldadas en este estudio. Además, el hecho de que correlacionen las dimensiones que evalúan diferentes tipos de agresión, en pruebas como la MCTS (Pan *et al.*, 1994) o el CADRI (Wolfe *et al.*, 2001), es una prueba más de la existencia de elementos comunes en la explicación de las agresiones verbales-emocionales, físicas y sexuales.

Diferencias entre chicos y chicas

Es arriesgado afirmar que un determinado sexo comete o sufre más agresiones verbales-emocionales o físicas que el otro: en la literatura se muestran múltiples resultados contradictorios. En este trabajo, tal vez lo más llamativo es que los varones afirmasen haber cometido más agresiones sexuales que las mujeres, pero que las diferencias no sean significativas en la condición de victimización; este resultado seguramente está condicionado por el hecho de no utilizar parejas como unidad de análisis, pero también es posible que se vea influido por la forma de evaluar las agresiones sexuales (Krahé, Waizenhöfer y Möller, 2003). El CADRI (Wolfe *et al.*, 2001) trata de recoger conductas que sean más fácilmente interpretadas como agresiones, acotando el contexto en el que se producen (es decir, una discusión de pareja); sin embargo, esto no evita que determinadas acciones sean vividas por la persona que las recibe como agresiones, sin que quién las lleva a cabo perciba que está haciendo algo inapropiado. En futuros estudios se debería contar con ambos miembros de la pareja, y además incorporar algún elemento que haga mención a que el chico o chica que realiza las conductas que recoge la subescala sobre agresiones sexuales, es consciente de que su pareja no lo desea.

En la interpretación de estos resultados, también hay que tener en cuenta la progresiva convergencia en el comportamiento de chicos y chicas, tanto en la edad en iniciación sexual, como en el tipo de relación que se busca y se establece (véase López, 2004). Es probable que las relaciones a las que se han referido ambos gru-

pos de participantes con sus respuestas, no sean equivalentes: coincidiendo con los resultados de otros estudios (p. ej., Ramos-Vergeles, Martínez, Hernández y Fuertes, 2003), las chicas indicaban que mantenían o habían mantenido relaciones de pareja más duraderas, variable asociada positivamente con la frecuencia de comportamientos agresivos relatados por este grupo.

La noción del comportamiento agresivo, como una cuestión asociada a los roles de género, constituye uno de los aspectos que más controversias suscita en el seno de la comunidad científica. Tradicionalmente se ha considerado que la mayor parte de las víctimas son de sexo femenino, y que los varones son los que comúnmente cometen agresiones; no obstante, en estos últimos años esto ha sido puesto en entredicho (véase Dutton y Nicholls, 2005; Foshee *et al.*, 2007). Si nos referimos específicamente a las relaciones amorosas de los adolescentes, en un grupo de investigaciones se ha encontrado que los chicos suelen cometer más agresiones físicas en sus relaciones de pareja y que las chicas son las que más las tienden a sufrir (p. ej., Ackard, Neumark-Sztainer y Hannan, 2003; Toldos, 2005); además, estas conclusiones parecen acentuarse, si se toman en consideración aquellas agresiones que podrían entrañar un mayor riesgo de lesiones físicas (Jackson *et al.*, 2000). Por el contrario, en otro conjunto de estudios se ha observado la situación opuesta (p. ej., Fernández-Fuertes y Fuertes, 2010; Muñoz-Rivas *et al.*, 2007b; Shook *et al.*, 2000). Con respecto a las agresiones verbales-emocionales, también se puede hablar de resultados contradictorios (p. ej., Fernández-Fuertes y Fuertes, 2010; Jackson *et al.*, 2000; Muñoz-Rivas *et al.*, 2007b; Sears *et al.*, 2007), pero con relación a las agresiones de naturaleza sexual, los investigadores suelen estar de acuerdo en que son los chicos quienes habitualmente las comenten y las chicas quienes más las sufren (Hines y Saudino, 2003; Lloyd y Emery, 2000).

Dentro de las posibles explicaciones a esas discrepancias, habría que hablar de diversas formas de entender y evaluar los comportamientos agresivos (autoinformes, entrevistas, estudios de casos, etc.), de las características de los participantes (edad, grupos de riesgo, muestras clínicas, etc.), así como del tamaño de las muestras de esas investigaciones. Este último aspecto puede que sea uno de los factores más destacables: estudios meta-analíticos actuales (p. ej., Archer, 2000, 2004) revelan que el tamaño del efecto de la variable sexo tiende a ser muy limitado, al menos en las agresiones verbales-emocionales y en las físicas; por tanto, si se tiene en cuenta únicamente la frecuencia de agresiones verbales-emocionales y físicas, se podría afirmar que chicos y chicas son igualmente agresivos en sus relaciones amorosas (p. ej., Creasey y Hesson-McInnis, 2001; González y Santana, 2001; Hilton *et al.*, 2000). Quizá este sea el principal motivo que explique por qué lo más característico es que las agresiones se produzcan de forma mutua en estas parejas (Fernández-Fuertes y Fuertes, 2010).

Frente a estos resultados, algunos autores sugieren que los chicos pueden estar subestimando el número de agresiones que cometen (Hilton *et al.*, 2000; Moffitt *et al.*, 1997), tal vez por un efecto de deseabilidad social o porque no perciban sus agresiones como tales. Asimismo, dado que las agresiones masculinas típicamente son percibidas como potencialmente más peligrosas que las femeninas (Bethke y DeJoy, 1993), es posible que para los varones sea más fácil lograr determinados

objetivos por medio de amenazas, sin necesidad de recurrir a agresiones manifiestas (Larkin y Popaleni, 1994). También es plausible que las chicas sean más introspectivas y que, por lo tanto, sean capaces de relatar un mayor número de episodios agresivos que los chicos (Cano, Avery-Leaf, Cascardi y O'Leary, 1998) o que, fruto de los estereotipos sobre los roles de género tradicionales de la cultura occidental, las chicas tiendan a sentirse culpables por lo sucedido en sus relaciones de pareja y den más importancia a sus propias acciones (Ferrer-Pérez y Bosch-Fiol, 2005). Tampoco hay que desechar la posibilidad de que ambos grupos hagan diferentes análisis sobre sus relaciones de pareja. Currie (1998) halló que era más probable que las chicas pasaran por alto haber sufrido una agresión física, mientras que la tendencia de los chicos era la de prestar mayor atención a su propia victimización, posiblemente como mecanismo para justificar sus propias agresiones.

Por otra parte, no se puede descartar que realmente las chicas cometan tantas o más agresiones que los chicos; quizá entiendan que sus acciones no impactan negativamente en sus parejas (Stewart-Williams, 2002) o crean que los chicos tienen más facilidades, por sus características físicas, para escapar de una situación peligrosa, si verdaderamente lo es (Cauffman, Feldman, Arnett-Jensen y Jensen-Arnett, 2000). Tampoco se puede desestimar que los modelos actuales de socialización estén en la base de una menor agresividad masculina, pero que tal vez esas mismas pautas no estén fomentando una disminución de los comportamientos agresivos femeninos (Fiebert y González, 1997); por ejemplo, determinadas agresiones están socialmente bastante aceptadas (p. ej., chico desconocido besa a chica, chica golpea a chico) o son vistas como intrascendentes (González y Santana, 2001). Muncer, Campbell, Jervis y Lewis (2001) hablan de un proceso complementario: la masculinización del rol femenino; plantean que la imagen que transmiten los medios de comunicación sobre la mujer actual (competitiva, ambiciosa, dominante, etc.), puede estar en la base de un incremento en la agresividad y en la conducta antisocial de las chicas, tal y como se ha observado en estos últimos años (Garaigordobil, 2005; Mullis, Cornille, Mullis y Huber, 2004).

La ausencia de diferencias intersexos también podría deberse a sesgos en los instrumentos de medida (Foshee *et al.*, 2007; Hilton *et al.*, 2000). Las medidas puramente conductuales del comportamiento agresivo, como las CTS o el CADRI, han recibido fuertes críticas, sobre todo porque dejan al margen las circunstancias previas de las agresiones o el significado de lo sucedido para las víctimas (Currie, 1998; Gormley, 2005). Hay investigadores que van más allá al afirmar que, por el tipo de actos evaluados (agresiones de menor gravedad), estos instrumentos presentan una tendencia a sobreestimar las agresiones femeninas y a subestimar las masculinas (Ryan, Frieze y Sinclair, 1999). A pesar de las pruebas que subrayan la validez y fiabilidad de este tipo de instrumentos (véase Straus, 2007), es necesario aplicar de forma combinada autoinformes y otro tipo de metodologías de corte más cualitativo (p. ej., entrevistas semiestructuradas). De la misma forma, qué duda cabe que es importante ahondar en la investigación, por una parte, de las diferentes motivaciones subyacentes a la aparición y mantenimiento de las conductas agresivas y, por otra, de las repercusiones de estas situaciones, ya que forman parte del contexto de toda intervención preventiva.

Referencias

- Ackard, D. M., Neumark-Sztainer, D. y Hannan, P. J. (2003). Dating violence among a nationally representative sample of adolescent girls and boys: associations with behavioral and mental health. *Journal of Gender-Specific Medicine*, 6, 39-48.
- Archer, J. (2000). Sex differences in aggression between heterosexual partners: a meta-analytic review. *Psychological Bulletin*, 126, 651-680.
- Archer, J. (2004). Sex differences in aggression in real-world settings: a meta-analytic review. *Review of General Psychology*, 8, 291-322.
- Archer, J., Fernández-Fuertes, A. A. y Thanzami, V. L. (2010). Does cost-benefit analysis or self-control predict involvement in two forms of aggression? *Aggressive Behavior*, 36, 292-304.
- Berkowitz, L. (1962). *Aggression: a social psychological analysis*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Bethke, T. M. y DeJoy, D. M. (1993). An experimental study of factors influencing the acceptability of dating violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 8, 36-51.
- Bushman, B. J., Baumeister, R. F. y Stack, A. D. (1999). Catharsis, aggression, and persuasive influence: Self-fulfilling or self-defeating prophecies? *Journal of Personality and Social Psychology*, 76, 367-376.
- Buss, A. H. y Perry, M. (1992). The Aggression Questionnaire. *Journal of Personality and Social Psychology*, 63, 452-459.
- Cano, A., Avery-Leaf, S., Cascardi, M. y O'Leary, K. D. (1998). Dating violence in two high school samples: discriminating variables. *Journal of Primary Prevention*, 18, 431-446.
- Capaldi, D. M., Kim, H. K. y Shortt, J. W. (2004). Women's involvement in aggression in young adult romantic relationships. En M. Putallaz y K. L. Bierman (dirs.), *Aggression, antisocial behavior, and violence among girls* (pp. 223-241). Nueva York: Guilford.
- Cauffman, E., Feldman, S., Arnett-Jensen, L. y Jensen-Arnett, J. (2000). The (un)acceptability of violence against peers and dates. *Journal of Adolescent Research*, 15, 652-673.
- Cohen, J. (1988). *Statistical power analysis for the behavioral sciences* (2ª ed.). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Cornelius, T. L. y Resseguie, N. (2007). Primary and secondary prevention programs for dating violence: a review of the literature. *Aggression and Violent Behavior*, 12, 364-375.
- Creasey, G. y Hesson-McInnis, M. S. (2001). Affective responses, cognitive appraisals, and conflict tactics in late adolescent romantic relationships: associations with attachment orientations. *Journal of Counseling Psychology*, 48, 85-96.
- Currie, D. H. (1998). Violent men or violent women? Whose definition counts? En R. K. Bergen (dir.), *Issues in intimate violence* (pp. 97-111). Thousand Oaks: Sage.
- Dutton, D. G. y Nicholls, T. L. (2005). The gender paradigm in domestic violence research and theory: part 1-The conflict of theory and data. *Aggression and Violent Behavior*, 10, 680-714.
- Fernández-Fuertes, A. A. y Fuertes, A. (2005). Violencia sexual en las relaciones de pareja de los jóvenes. *Sexología Integral*, 2, 126-132.
- Fernández-Fuertes, A. A. y Fuertes, A. (2010). Physical and psychological aggression in dating relationships of Spanish adolescents: motives and consequences. *Child Abuse and Neglect*, 34, 183-191.
- Ferrer-Pérez, V. A. y Bosch-Fiol, E. (2005). Introduciendo la perspectiva de género en la investigación psicológica sobre violencia de género. *Anales de Psicología*, 21, 1-10.
- Fiebert, M. S. y Gonzalez, D. M. (1997). Women who initiate assaults: the reasons offered for such behavior. *Psychological Reports*, 80, 583-590.

- Foshee, V. A., Bauman, K. E., Linder, F., Rice, J. y Wilcher, R. (2007). Typologies of adolescent dating violence: identifying typologies of adolescent dating violence perpetration. *Journal of Interpersonal Violence*, 22, 498-519.
- Furman, W. y Shaffer, L. (2003). The role of romantic relationships in adolescence. En P. Florsheim (dir.), *Adolescent romantic relations and sexual behavior: theory, research, and practical implications* (pp. 3-22). Nueva York: Lawrence Erlbaum Associates.
- Garaigordobil, M. (2005). Conducta antisocial durante la adolescencia: correlatos socio-emocionales, predictores y diferencias de género. *Psicología Conductual*, 13, 197-215.
- Gidycz, C. A., Warkentin, J. y Orchowski, L. M. (2007). Predictors of perpetration of verbal, physical, and sexual violence: a prospective analysis of college men. *Psychology of Men and Masculinity*, 8, 79-94.
- González, I., Echeburúa, E. y Corral, P. (2008). Variables significativas en las relaciones violentas en parejas jóvenes: una revisión. *Behavioral Psychology/Psicología Conductual*, 16, 207-225.
- González, R. y Santana, J. D. (2001). La violencia en parejas jóvenes. *Psicothema*, 13, 127-131.
- Gormley, B. (2005). An adult attachment theoretical perspective of gender symmetry in intimate partner violence. *Sex Roles*, 52, 785-795.
- Hickman, L. J., Jaycox, L. H. y Aronoff, J. (2004). Dating violence among adolescents: prevalence, gender distribution, and prevention program effectiveness. *Trauma Violence and Abuse*, 5, 123-142.
- Hilton, N. Z., Harris, G. T. y Rice, M. E. (2000). The functions of aggression by male teenagers. *Journal of Personality and Social Psychology*, 79, 988-994.
- Hines, D. A. y Saudino, K. J. (2003). Gender differences in psychological, physical, and sexual aggression using the Revised Conflict Tactics Scales. *Violence and Victims*, 18, 197-217.
- Jackson, S. M., Cram, F. y Seymour, F. W. (2000) Violence and sexual coercion in high school students' dating relationships. *Journal of Family Violence*, 15, 23-36.
- Katz, J., Kuffel, S. W. y Coblenz, A. (2002). Are there gender differences in sustaining dating violence? An examination of frequency, severity, and relationship satisfaction. *Journal of Family Violence*, 17, 247-271.
- Koss, M. P. y Gidycz, C. A. (1985). Sexual Experience Survey: reliability and validity. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 53, 422-423.
- Krahé, B., Waizenhöfer, E. y Möller, I. (2003). Women's sexual aggression against men: prevalence and predictors. *Sex Roles*, 49, 219-232.
- Kuffel, S. W. y Katz, J. (2002). Preventing physical, psychological, and sexual aggression in college dating relationships. *Journal of Primary Prevention*, 22, 361-374.
- Larkin, J. y Popaleni, K. (1994). Heterosexual courtship violence and sexual harassment: the private and public control of young women. *Feminism and Psychology*, 4, 213-227.
- Lloyd, S. A. y Emery, B. C. (2000). *The dark side of courtship: physical and sexual aggression*. Thousand Oaks: Sage.
- López, F. (2004). Conducta sexual de mujeres y varones: iguales y diferentes. En E. Barberá y M. Martínez- Belloch (dirs.), *Psicología y género* (pp. 145-170). Madrid: Prentice Hall.
- Lundeberg, K., Stith, S. M., Penn, C. E. y Ward, D. B. (2004). A comparison of nonviolent, psychologically violent, and physically violent male college daters. *Journal of Interpersonal Violence*, 19, 1191-1200.
- Moffitt, T. E., Caspi, A., Krueger, R. F., Magdol, L., Margolin, G., Silva, P. A. y Sydney, R. (1997). Do partners agree about abuse in their relationship? A psychometric evaluation of interpartner agreement. *Psychological Assessment*, 9, 47-56.
- Mullis, R. L., Cornille, T. A., Mullis, A. K. y Huber, J. (2004). Female juvenile offending: a review of characteristics and contexts. *Journal of Child and Family Studies*, 13, 205-218.

- Muncer, S., Campbell, A., Jervis, V. y Lewis, R. (2001). "Ladettes," social representations, and aggression. *Sex Roles*, 44, 33-44.
- Muñoz-Rivas, M. J., Andreu, J. M., Graña, J. L., O'Leary, D. K. y González, M. P. (2007a). Validación de la versión modificada de la Conflicts Tactics Scale (M-CTS) en población juvenil española. *Psicothema*, 19, 693-698.
- Muñoz-Rivas, M. J., Graña, J. L., O'Leary, K. D. y González, M. P. (2007b). Aggression in adolescent dating relationships: prevalence, justification, and health consequences. *Journal of Adolescent Health*, 40, 298-304.
- O'Leary, K. D. (2001). Psychological abuse: a variable deserving critical attention in domestic violence. En K. D. O'Leary y R. Maiuro (dirs.), *Psychological abuse in violent domestic relationships* (pp. 3-28). Nueva York: Springer.
- O'Leary, K. D. y Slep, A. M. S. (2003). A dyadic longitudinal model of adolescent dating aggression. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 32, 314-327.
- Pan, H. S., Neidig, P. H. y O'Leary, K. D. (1994). Male-female and aggressor-victim differences in the factor structure of the Modified Conflict Tactics Scales. *Journal of Interpersonal Violence*, 9, 366-382.
- Ramos-Vergeles, M. I., Martínez, J. L., Hernández, A. y Fuertes, A. (2003). Comportamientos y actitudes sexuales de los adolescentes de Castilla y León. *Análisis y Modificación de Conducta*, 29, 213-238.
- Ray, A. y Gold, S. (1996). Gender roles, aggression, and alcohol use in dating relationships. *Journal of Sex Research*, 33, 47-55.
- Ryan, K. M., Frieze, I. H. y Sinclair, H. C. (1999). Physical violence in dating relationships. En M. A. Paludi (dir.), *The psychology of sexual victimization: a handbook* (pp. 33-54). Westport: Greenwood.
- Sánchez, V., Ortega, F. J., Ortega, R. y Viejo, C. (2008). Las relaciones sentimentales en la adolescencia: satisfacción, conflictos y violencia. *Escritos de Psicología*, 2, 97-109.
- Saudino, K. J. y Hines, D. A. (2007). Etiological similarities between psychological and physical aggression in intimate relationships: a behavioral genetic exploration. *Journal of Family Violence*, 22, 121-129.
- Schiff, M. y Zeira, A. (2005). Dating aggression and sexual risk behaviours in a sample of at-risk Israeli youth. *Child Abuse and Neglect*, 29, 1249-1263.
- Schwartz, J. P., Magee, M., Griffin, L. D. y Dupuis, C. (2004). Effects of a group preventive on risk and protective factors related to dating violence. *Group Dynamics: Theory, Research, and Practice*, 8, 2-231.
- Sears, H. A., Byers, E. S. y Price, E. L. (2007). The co-occurrence of adolescent boys' and girls' use of psychologically, physically, and sexually abusive behaviours in their dating relationships. *Journal of Adolescence*, 30, 487-504.
- Shook, N. J., Gerrity, D. A., Jurich, J. y Segrist, A. E. (2000). Courtship violence among college students: a comparison of verbally and physically abusive couples. *Journal of Family Violence*, 15, 1-22.
- Slashinski, M. J., Coker, A. L. y Davis, K. E. (2003). Physical aggression, forced sex, and stalking victimization by dating partners: an analysis of the National Violence Against Women Survey. *Violence and Victims*, 18, 595-617.
- Smetana, J. G., Campione-Barr, N. y Metzger, A. (2006). Adolescent development in interpersonal and societal contexts. *Annual Review of Psychology*, 57, 255-284.
- Stets, J. E. (1990). Verbal and physical aggression in marriage. *Journal of Marriage and the Family*, 52, 501-514.
- Stewart-Williams, S. (2002). Gender, the perception of aggression, and the overestimation of gender bias. *Sex Roles*, 46, 177-189.

- Straus, M. A. (2007). The Conflict Tactics Scales. En N. A. Jackson (dir.), *Encyclopedia of domestic violence* (pp. 190-197). Londres: Routledge.
- Toldos, M. P. (2005). Sex and age differences in self-estimated physical, verbal, and indirect aggression in Spanish adolescents. *Aggressive Behavior*, 31, 13-23.
- Wolfe, D. A., Scott, K. L., Reitzel-Jaffe, D., Wekerle, C., Grasley, C. y Pittman, A. L. (2001). Development and validation of the conflict in adolescent dating relationships inventory. *Psychological Assessment*, 13, 277-293.
- Wolfe, D. A., Wekerle, C., Scott, K. L., Straatman, A. L., Grasley, C. y Reitzel-Jaffe, D. (2003). Dating violence prevention with at-risk youth: a controlled outcome evaluation. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 71, 279-291.

RECIBIDO: 18 de agosto de 2010

ACEPTADO: 13 de diciembre de 2010